

La ciudad de Acapulco. Análisis de los caminos de la violencia y crimen en México

Rodrigo Peña

Leiden University

Resumen

La ciudad de Acapulco, en el sur de México, construyó fama mundial en la segunda mitad del siglo XX por sus cualidades turísticas. Sin embargo, en los últimos cinco años se ha ubicado como una de las más violentas del país por la alta tasa de homicidios, incremento que se ha relacionado con disputas de grupos criminales, narcotráfico y corrupción de autoridades locales y nacionales. Las víctimas, por supuesto, incluyen ampliamente inocentes, aunque en una proporción difícil de calcular con exactitud. Aunque se han ensayado diferentes explicaciones para explicar la crisis que enfrenta el puerto, este artículo propone hacerlo desde dos perspectivas. Por un lado, utilizando la idea de ciudad para explicar la centralización de procesos de violencia y crimen. Por el otro, a través del análisis la geografía de Acapulco (y más específicamente del puerto y la infraestructura que lo comunica con rutas y destinos en una lógica de mercados criminales) como una variable de explicación. A partir de ambos ese análisis, se argumenta la necesidad de incorporar un enfoque de “rutas y conexiones” en la elaboración de políticas públicas para ciudades con altas condiciones de violencia y criminalidad.

Palabras clave: Acapulco, violencia, carreteras.

The city of Acapulco. Analysis of the paths of violence and crime in Mexico

Abstract

Acapulco city, in the South of Mexico, built its fame as a great tourist spot during the second half of the twentieth century. However, in the last five years, the city has been ranked as one of the most violent cities in the country due to the high homicide rate, often related to criminal group disputes, drug trafficking, and corrupted authorities in both local and national levels. Victims broadly include innocent people in a ratio difficult to accurately calculate. Although scholars have tried to explain this crisis from many angles, this article proposes to do so from two perspectives. On the one hand, by using the idea of the city to understand the processes of violence and crime centralization. On the other, by using Acapulco's geography as an explanatory variable -and more specifically, the infrastructure that communicates the city with routes and destinations to expand criminal markets. Finally, this paper points to suggest the necessity of incorporating a “routes and connections” approach for the public policies for cities with high levels of violence and crime.

Keywords: Acapulco, Violence, Highways.

<p>*Dirección de correspondencia [Correspondence address]: Rodrigo Peña, Leiden University E-mail: rodrigopg87@gmail.com</p>
--

Introducción. Del paraíso turístico a la ciudad más violenta

Acapulco fue la joya turística mexicana durante décadas. En septiembre de 1953, John y Jackie Kennedy pasaron en esta ciudad su luna de miel. Y no eran los únicos. Otros miembros del jet set como John Wayne, Elizabeth Taylor y Frank Sinatra, entre otros, tenían al puerto entre sus destinos recurrentes. Hoy, Acapulco es una de las ciudades más violentas de México y del mundo. Según datos de el Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y Justicia Penal A.C., de las 50 ciudades más violentas del 2015, 41 se ubican en América Latina y el cuarto lugar era ocupado por Acapulco. Para 2016 la situación no mejoró, y pasó al segundo lugar mundial con una tasa de homicidios de poco más de 113 por cada cien mil habitantes, sólo después de Caracas cuya tasa alcanzó 130 casos en la misma proporción (CCSPJP, 2016 y 2017). En el marco de esa violencia, un comerciante del puerto preguntó al actual Presidente Municipal de esta ciudad y puertorrense, Evodio Velázquez Aguirre, qué hacer ante la violencia, a lo que el funcionario público respondió: “ni modo que el mal venza al bien ¿cuándo han visto eso?” (Harrison, 2010). La respuesta, evasiva, simplista y sin contenido, también exhibió falta de diagnóstico y estrategia.

Evidentemente, las preguntas en torno a una situación tan compleja y dramática son indispensables. ¿Por qué ocurrió tal ascenso de violencia en esta ciudad?, ¿cuáles son las variables que permiten analizar el fenómeno? y, más importante aún, ¿cómo explicarlo? En el presente texto se reconoce que la complejidad de un fenómeno multidimensional, como es el caso, demanda respuestas igualmente múltiples; sin embargo, se propone el análisis de dos de esas dimensiones las cuales, como se argumentará, son de vital importancia. Por un lado, el enfoque del análisis de la ciudad se resalta en todo el texto. Esto se traduce en reconocer la complejidad de la ciudad en sí misma pero también en torno a sus alrededores, incluyendo las dinámicas de las que es parte. Lo anterior da pie a la segunda dimensión de análisis, esto es, a la geografía de Acapulco desde el punto de vista de los caminos (particularmente las carreteras) que la conectan con otras ciudades dentro de México (aun y cuando la conexión del puerto con otros lugares del mundo también es fundamental, particularmente hacia Colombia y Ecuador, aunque resulta muy complejo de documentar desde un estudio académico por la escasez de datos).

Acapulco de Juárez es un municipio que se lo-

caliza al sur de Chilpancingo, la capital del estado de Guerrero, al sur de México. La ciudad y puerto de Acapulco, al sur de ese municipio, funciona como centro político y económico de la región. La historia acapulqueña puede rastrearse hasta la época de la conquista. Después de conquistar Tenochtitlan en 1521, capital del imperio azteca, Hernán Cortés estuvo interesado en encontrar caminos que conectaran los Océano Atlántico y Pacífico. Para ello, formó expediciones; una de las cuales llegó a Acapulco. A pesar de que el puerto jugó un papel relevante desde el punto de vista geoestratégico en la guerra de Independencia de México (José María Morelos y Pavón, libertador del país, sitió la ciudad, logrando una importante victoria rebelde y el control del puerto), no es sino hasta el siglo XX cuando toma el puerto un auge. En la década de 1920 se construye el primer camino entre la Ciudad de México y el puerto de Acapulco, y es hasta 1934 que se construye el primer hotel, la primera piedra rumbo a convertirse en uno de los destinos turísticos más importantes de México.

En la actualidad, Acapulco tiene una población de 810,669 habitantes según la encuesta intercensal 2015 del Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI). El rango de edad que más población concentra es el juvenil, un dato relevante pues, como ciertamente ocurre en prácticamente todo el país, la mayor parte de la violencia expresada en homicidios es perpetrada y sufrida por este sector demográfico. Guerrero es un estado con altos grados de marginación en comparación con el resto del país. Por ejemplo, posee en escolaridad un grado promedio de 7.8 años, y aunque Acapulco está por encima de este promedio con 9.31, sólo el 80.63 % de la población ha concluido la educación secundaria, lo que se refleja en falta de oportunidades laborales (INEGI, 2010). De acuerdo con especialistas en turismo, a pesar de la violencia, Acapulco “[...] no deja de ser un icono del turismo tradicional. Cuenta con una extensa infraestructura hotelera, restaurantera, pero está obligado a generar políticas que den mayor tranquilidad al destino; mientras no se resuelva ese asunto, difícilmente se podrá recuperar su potencial” (López citado por Reyna, 2016). Después de todo, y a pesar de la crisis de seguridad, la inversión en proyectos turísticos continúa en millones de dólares (Reyna, 2016).

Sobre ese panorama es que aparece la crisis de seguridad en la ciudad y sobre la cual elabora este estudio. Para realizar el análisis, en primer lugar, se exponen ideas en torno a la relación que existe entre 1) el lugar en el sentido de un espacio geográfico como punto estratégico de tráfico (lícitos e ilícitos) y 2) la importancia de su conectividad como motor de potencial crimen y violencia. Posteriormente se utilizan las defunciones por homicidio como varia-

ble para analizar y dimensionar la violencia criminal en Acapulco desde un punto de vista histórico y estadístico, lo que permite ilustrar el tamaño del problema para la ciudad por sí misma. Ello da pie para insertar a Acapulco en un análisis de rutas criminales que den forma al análisis geográfico y del papel del puerto en los corredores delictivos de la zona. Finalmente se ofrecen ideas que, a manera de conclusión, tienen dos objetivos, a saber, 1) impulsar una reflexión sobre los corredores en que ocurre la violencia en México a partir del caso de Acapulco en concreto, y 2) promover la inclusión de un enfoque de rutas y conexiones en la elaboración de políticas públicas para ciudades con problemas de violencia y delincuencia.

Violencia, crimen y caminos. La importancia del análisis geográfico para el caso de Acapulco

Recientemente ha resurgido el interés por estudios localizados en las Ciencias Sociales, donde la identificación y definición del lugar son relevantes (Bouchard, 2011; Das y Poole, 2004; Escobar, 2001). En el caso latinoamericano, es común que este interés se conjuga con el estudio de la ciudad, esto como resultado de los amplios procesos de urbanización que ha vivido la región en el último siglo. El lugar, como señala Arturo Escobar, es una forma de reconocer nuevamente la importancia de la relación entre el espacio físico y los estudios localizado. Esto, combinando con el conocimiento de sus condiciones con los fenómenos propios de la globalización que, ciertamente, puede ser una ayuda o un obstáculo para lograr una comprensión de la cultura, la economía y en general las dinámicas sociales de esos lugares (Escobar, 2001: 140). En ese sentido, entre los estudios de criminología existen una serie de análisis que se centran en estudiar la relación entre el espacio y la ocurrencia del crimen (Weisburd *et al.*, 2012; Weisburd *et al.*, 2012). El espacio o lugar, en esa lógica, funcionan como unidades de análisis flexibles que necesariamente están localizadas en una representación cartográfica y que son profundamente útiles para reconocer la forma en que el fenómeno criminal es posible, potencial y real, así como las condiciones que lo explican (Eck, 2005: 3). Así entendido, la dimensión del lugar abarca un amplio rango que va desde esquinas puntuales o pequeños vecindarios hasta grandes avenidas y, por supuesto, ciudades.

Ahora bien, detrás de cada unidad espacial de análisis no está el espacio por el espacio mismo, sino

como facilitador o posibilitador de dinámicas sociales específicas en las que ocurren el delito y, en una lógica cercana, aunque no automática, la violencia. En ese sentido, el mapeo del crimen es una gran herramienta para proponer políticas públicas y acciones en materia de seguridad, además de una técnica cognoscitiva que permite racionalizar la incidencia del delito y organizar información delincuenciales en torno a una condición geográfica específica. Desde ese punto de vista, estudios de esta naturaleza se justifican desde una perspectiva académica, así como por el interés público que involucran. Sin embargo, en esta tarea es fundamental incorporar al análisis elementos teóricos y conceptuales que permitan dar sentido a la información que se plasma en mapas y cartografías del crimen en general (Eck, 1998). Como lo resume Jerry Ratcliffe:

Las posibilidades de ocurrencia de delitos no son uniformes ni ocurren al azar en el espacio y el tiempo. Como resultado, los creadores de mapas de delitos pueden desbloquear estos patrones espaciales y luchar por una mejor comprensión teórica del papel de la geografía, además de posibilitar soluciones prácticas de prevención del delito que se adapten a lugares específicos. La evolución de la cartografía de la delincuencia ha iniciado una nueva era en la criminología espacial, y ha propiciado un resurgimiento de la importancia del lugar como uno de los pilares esenciales para la comprensión de la delincuencia y la criminalidad (Ratcliffe, 2010: 5)¹.

Por lo general, el enfoque teórico en el estudio de la geografía del crimen se define por el nivel de análisis espacial en el cual recae el estudio. En el caso de este artículo, como se ha mencionado, se enmarca en la inquietud por el análisis de la ciudad en primer lugar, pero también de los corredores en que crimen y violencia son reales y potenciales. En otras palabras, se estudian rutas a través de las cuales se presentan altos índices de delincuencia, violencia criminal y tráfico de mercancías ilícitas (y que por lo general coinciden con las mismas rutas por donde se trafican las mercancías lícitas), pero también violaciones a derechos humanos, corrupción, extorsiones por parte de autoridades y en general rasgos de impunidad. La idea de ciudad, en este sentido, condensa la heterogeneidad de dinámicas que ocurren en un espacio hipotéticamente homogéneo. De ahí que se le considere unidad de análisis, pues actúa como un espacio sociopolítico que condensa un entorno supuestamente único e irrepetible. Sin embargo, bajo este esquema la mirada sobre la ciudad no excluye lo que le rodea, y más precisamente para efectos de este estudio, lo que la comunica con otras ciudades y poblados.

El análisis de los corredores permite reconocer lo

¹Traducción propia del inglés.

que Ratcliffe llama hot spots, es decir, áreas en las que la intensidad criminal se concentra (Ratcliffe, 2010: 5). Su identificación es fundamental en este tipo de estudios porque suelen delinear los patrones de la dinámica delincencial y son esenciales para la explicación del fenómeno. Vale la pena precisar que una ruta criminal no es necesaria ni automáticamente violenta, sin embargo, las condiciones que la definen como tal dependen de otros factores. Estos suelen ser definidos por el tipo de delito expresado y por factores de orden contextual, histórico y sociopolítico de cada caso como la relación entre el campo criminal con el político y empresarial, etcétera. En este caso, la ciudad y rutas de Acapulco se han convertido en ejemplos profundamente violentos desde hace aproximadamente una década, como se documentará más adelante.

En México es recurrente encontrar corredores criminales que son violentos y, tal parece, hay una coincidencia importante e interesante de estos con las carreteras. Es un fenómeno que no es fortuito ni coincidencia a la luz de que la red carretera mexicana ha sido una de las principales apuestas de la inversión pública de gobiernos federales y locales en las últimas décadas (se muestran datos más adelante), lo que se conjuga con abandono en el sector ferrocarrilero. En otras palabras, en México el transporte de personas y mercancías se realiza fundamentalmente a través de carreteras y las pocas vías férreas que persisten se encuentran en deterioro, abandono o son ineficientes o insuficientes.

Lo anterior contribuye a explicar la existencia de esos corredores criminales, que bien podrían analizarse como concentraciones lineales del delito. Para estudiarlas, se requiere del reconocimiento de dos factores: (1) patrones de delito a lo largo de la línea en el mapa, y (2) del reconocimiento de concentraciones de delito en esa línea o hot spots (Eck, 2005: 5). Incluso, es posible que varios de estos puntos se encuentren en una línea del delito, formando lo que la literatura reconoce como hot spots lineales (Eck, 2005: 17). En estas formaciones lineales, definidas por puntos especialmente intensos en actividad criminal, una parte fundamental del análisis consiste en reconocer la movilidad del delito, lo que implica no sólo el observar que el delincuente como tal se desplaza en ciertos casos de comportamiento criminal, (Eck y D., 2015). sino que la dinámica del crimen involucra más factores que parten de la necesidad del movimiento (por ejemplo, el narcotráfico, la trata de personas y en general varios de los conocidos como delitos transnacionales)².

²En esta parte, además, es importante reconocer el papel de autoridades en términos de acción u omisión respecto a actividades delictivas, pues de ellas también depende la localización y formación de esas líneas o, en los términos de este estudio, rutas.

Ya en un estudio anterior se ha documentado un caso específico, el de Morelos, (Peña, 2014) un estado al sur de la Ciudad de México y al norte de Guerrero, donde se encuentra Acapulco. Ahí, se observó que la mayor parte de los delitos de alto impacto de ese estado (y, en ese sentido, los que mayor violencia involucran) ocurren en el tránsito de la carretera federal 95, misma que corre, precisamente, entre el puerto de Acapulco y la Ciudad de México y sobre la cual se hablará más adelante). Es una consideración lógica dado que la violencia, como fenómeno social, no es ni estática ni está definida de antemano lo que implica que su ocurrencia en un lugar es y no de ese lugar. Lo es porque ocurre ahí, pero su explicación y trasfondo involucra muchos más lugares, muchos de ellos con origen o raíces probablemente en otros países. Así pues, en el marco de ese estudio, la ciudad de Cuernavaca, capital de Morelos, ocupaba un lugar central del análisis, convirtiéndose en el principal hot spot del estado de Morelos. De cualquier manera, el estudio permitió reconocer que había otros puntos medulares en la carretera que eran, incluso, más intensos en su comportamiento delictivo. El principal, de hecho, era Acapulco.

De acuerdo con Aranda y Rodríguez, la democracia mexicana transitó por los caminos (Aranda y Rodríguez Burguete, 2012; Aguayo, 2010). En un estudio, ambos autores rastrean en el mapa la forma en que el desarrollo democrático del país, expresado fundamentalmente en transiciones de partido en elecciones para cargos públicos y, lo que ellos llaman, “las diferencias de democratización”, (Aranda y Rodríguez Burguete, 2012) ocurrió a partir de aquellos centros por donde los caminos fueron trazados o, en su defecto, por donde había caminos. Esto es, carreteras, ferrocarriles y aeropuertos, generalmente -sino es que invariablemente- conectados y conectando centros urbanos. Es una idea interesante porque eso supondría que no sólo la transición democrática corre por los caminos instalados, también lo hace la delincuencia y, en varios casos, la violencia. A esa consideración debe agregársele un análisis particular sobre los cambios que experimentó Acapulco como unidad urbana. En otras palabras, desde una perspectiva netamente urbana, ¿qué elementos permiten explicar el cambio que hizo de Acapulco, aquel destino turístico por excelencia, una de las ciudades más violentas en la actualidad? La respuesta pasa por un análisis de crecimiento urbano.

A partir de la construcción de la carretera Acapulco-Taxco, en 1927, que conectaba al estado de Guerrero de sur a norte desde el puerto, y de la entrada en operación del aeropuerto local en 1928, la infraestructura de conectividad habilitó un desarrollo turístico exponencial. De acuerdo con Cárde-

nas Gómez, tres razones explican el incremento exponencial del puerto hacia mediados del siglo XX: 1) el rol que fungió como espacio de recuperación para excombatientes estadounidenses de la Segunda Guerra Mundial; 2) el gran financiamiento público que varios gobierno federal realizaron para la construcción de infraestructura y servicios; y 3) la llegada al poder de Fidel Castro en Cuba; lo que orilló a turistas estadounidenses a buscar otros lugares de esparcimiento, entre los que Acapulco figuró (2016: 104; también véase Hiernaux, 2010). Sin embargo, parte de esa infraestructura es la que colocaría a Acapulco como el centro de rutas criminales nacionales y transnacionales.

Además, la alta demanda de servicios turísticos, catapultó el crecimiento demográfico de Acapulco entre 1950 y 2010. Entre ese periodo de tiempo, la población pasó de 4,932 a 673,479 habitantes en 2010 (Cárdenas Gómez, 2016: 105). Esto generó que el crecimiento de la mancha urbana, combinado con la falta de desarrollo regional, derivara en áreas de amplia marginación vecindadas con residenciales de lujo. Ahí, la inadecuada planeación en la forma en que se ocupó el territorio, derivó en un nulo desarrollo urbano, lo que provocó “[...] un crecimiento irregular de la ciudad, representando demandas de servicios municipales como acceso al agua, drenaje, alumbrado, vigilancia, transporte, recolección de basura, difíciles de satisfacer, por lo que se crean zonas desabastecidas y desprotegidas, derivando en factores de riesgo para la inseguridad y violencia” (Jiménez Badillo, 2016: 9). Pobreza, exclusión y desigualdad pintaron el rostro de una ciudad con enorme crecimiento demográfico y económico.

A la par, un fenómeno regional de relevancia ocurrió. Desde principios de los años noventa, y hasta la primera década del siglo XXI, el tráfico de drogas a través del Mar Caribe cayó un 71 por ciento y se reorientó a través de Centroamérica y México (Aguayo, 2014). Esto producto de un reajuste en las políticas punitivas contra el narcotráfico en Estados Unidos, y del reacomodo de grupos criminales en Colombia y México como parte del Plan Colombia promovido en aquel país junto con Estados Unidos (Bagley, 2009). Adicionalmente, en México se declaró una guerra contra el crimen organizado en 2006, una estrategia emprendida por el ex presidente Felipe Calderón, y duramente criticada por las consecuencias en materia de derechos humanos, reparación del daño, acceso a justicia y atención a víctimas. Se trató de una guerra metafórica, como argumentó Susan Sontag refiriéndose a la guerra contra el terrorismo de George W. Bush, es decir, una guerra donde el enemigo no es real, pero las consecuencias de guerra sí lo fueron (2011). La violencia, por supuesto, encabezó la lista, pues estudios

han mostrado la correlación entre el incremento de homicidios dolosos, con el emprendimiento de esta guerra que consistió en utilizar a instituciones de seguridad como el ejército o la marina en tareas de seguridad pública (LSE, 2014).

Estos fenómenos, la instalación de la infraestructura de conectividad desde la primera década del siglo XX, el incremento demográfico que acompañó el boom turístico y la mala planeación urbana que provocó poblaciones marginadas, se conjugaron con coyunturas paralelas asociadas a dinámicas de delincuencia organizada. La reorientación de los corredores de tráfico de drogas, y que ponía a la ubicación geográfica de Acapulco como punto privilegiado, y la punitiva estrategia de guerra contra las drogas, operaron como caldo de cultivo para detonar la violencia que México experimenta particularmente desde 2008. En todo caso, y como se verá a continuación, estas dinámicas no son generalizadas del país ni de la región como una totalidad. Antes bien, hay ciudades en que la violencia se expresa e intensifica, pero también transita, un dato indispensable para entender lógicas de comportamiento social disruptivo. Acapulco es un caso ejemplar al respecto.

Defunción por homicidio en Acapulco: análisis de la dinámica de violencia y crimen³

Mientras que el año de 1991 fue, para Acapulco uno de los más pacíficos en términos de homicidios en los últimos 25 años, en los últimos cinco no se ha convertido en la ciudad más violenta del país. ¿Cómo ocurrió ese cambio? Durante el citado año en Acapulco se registraron, en todo el año, 80 homicidios⁴. Para 2012, la cifra se multiplicaría casi

³Todos los datos analizados en esta investigación provienen ya sea del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública, dependencia del gobierno federal mexicano que se encarga de recopilar y sistematizar los delitos denunciados antes las autoridades. También se utilizan los registros de defunciones por homicidio del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), agencia del mismo gobierno federal dedicada a la recopilación, sistematización y análisis de información demográfica, geográfica, entre otras. En todos los casos, la variable dependiente siempre es el tiempo pues se busca detectar patrones de cambio a través de los años para identificar tendencias delictivas y de violencia asociada al crimen. Finalmente, es pertinente aclarar que aquí se hace un análisis descriptivo de los datos con la pretensión de evaluar el cambio en las mencionadas tendencias a través del espacio geográfico (Acapulco y sus alrededores).

⁴Esta sección se construye a partir del análisis de este indicador, registros de defunciones por homicidio, porque implica precisión en el registro de los casos, es un delito particularmente violento y permite dibujar un panorama general. Naturalmente, el análisis podría ampliarse en otros estudios

dieciséis veces, cuando ocurrieron 1,271 casos (ver Figura 1). Ciertamente, el puerto se encuentra en un estado, Guerrero, que tiene una tradición que podría denominarse histórica en la ocurrencia de delitos de este tipo. Guerrero es el estado en donde surgieron y se consolidaron movimientos de guerrilla rural en la segunda mitad del siglo XX. Además, se caracteriza por ser un estado con profundas divisiones debido a la marginación y pobreza, lo que ha provocado que existan organizaciones sociales que reclaman derechos tanto por métodos pacíficos como violentos. Por ejemplo, es el lugar en que nació y peleó el famoso guerrillero Lucio Cabañas, o donde se encuentra la Escuela Normal Rural de Ayotzina-pa, donde estudiaban los 43 estudiantes desaparecidos en 2014.

En todo caso, y como se aprecia en el Figura 1, cuando se comparan ambas tendencias se observa una disposición de tipo “espejo” entre ambas gráficas, la de Acapulco y la de Guerrero. Lo que ello sugiere es que el puerto sigue la tendencia del estado en términos de incrementos o decrementos de este tipo de delito, el que más violencia involucra, por cierto. Así, ambos experimentan picos paralelos en 1992, 2009-2010 y, el más grande de ellos, en 2012. Lógicamente, la razón de que la línea de Acapulco se encuentre, en esa gráfica, siempre por debajo de la estatal, es porque en el caso de ésta última también contiene los casos de ese municipio. En cualquier caso, es importante subrayar que la concordancia entre ambas gráficas puede interpretarse desde diferentes ángulos, ya sea porque el patrón de homicidios de Acapulco influyó al estatal o viceversa, pero considerando que Acapulco es el centro demográfico y económico del estado, es razonable inclinarse por la primera opción.

Por principio, también vale la pena señalar que Acapulco coincide con la tendencia que muchas otras ciudades mexicanas vivieron en 2007. Y es que aquel año fue muy pacífico en prácticamente todo el país, pues se experimentaron indicadores bajos de delincuencia de alto impacto, particularmente homicidios y secuestros. Es sumamente interesante el fenómeno pues esto ocurrió en medio de la declaración de guerra contra las drogas que realizara el expresidente Felipe Calderón, a finales de 2006 y con operativos militares en muchas zonas del país a partir del año siguiente. Justo después de 2007, ocurrió un repunte de violencia en gran parte de las ciudades en las que se operó esa guerra y que, en gran parte de los casos, no había sido vista en la historia reciente de esas ciudades. Acapulco, por lo pronto, no sólo no fue la excepción, sino que maximizó esa tendencia.

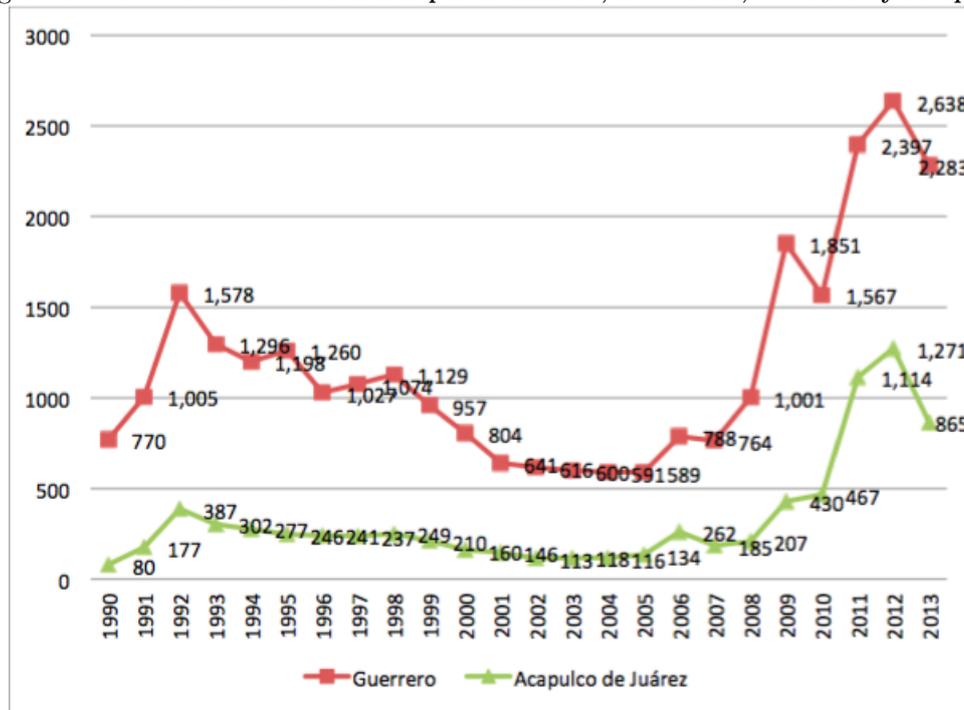
a partir de otros delitos, fuentes y enfoques, así como tratamiento de la información.

Sin embargo, y a pesar de la tendencia “espejo” entre la ciudad y el estado que se señalaba anteriormente, ambos casos marcan tendencia dispar cuando se compara el crecimiento anual que cada caso tuvo en términos de defunciones por homicidio. Ese fenómeno ocurre particularmente en el periodo 2005-2006 y 2011-2012. En ambos, aunque el estado de Guerrero tuvo un incremento porcentual anual en los casos reportados, Acapulco lo tuvo en mucho mayor medida, particularmente en el periodo 2011-2012, cuando ese incremento alcanzó prácticamente el 139 por ciento, lo que representó una variación disonante incluso del dato a nivel nacional (véase Figura 2).

Adicionalmente, es importante señalar que entre 2005 y 2012, Acapulco experimentó tres periodos de incrementos porcentuales cercanos o por encima del 100 por ciento de los casos respecto al año anterior. Es una tendencia que Guerrero siguió en una medida más discreta, particularmente alta entre 2008-2009, y que a nivel nacional no se expresó tan alta salvo entre 2007 y 2008, justo cuando podría afirmarse que comenzó la guerra contra las drogas declarada por el expresidente Felipe Calderón. La tendencia se reafirma cuando se aprecia la tasa de defunciones por cada cien mil habitantes. Ahí, la tendencia “espejo” se mantiene entre Acapulco y Guerrero, con la diferencia de que ahora es Acapulco quien aparece muy por arriba en los registros que van de 2010 a 2013. De hecho, tasas como las que presenta entre esos años el puerto son las que lo colocan como una de las ciudades más violentas del mundo, tal como se señalaba al inicio de este texto. Además, y si bien es cierto que hay un descenso alto para 2013, lo cierto es que sigue manteniéndose como uno de las más altas a nivel nacional y mundial.

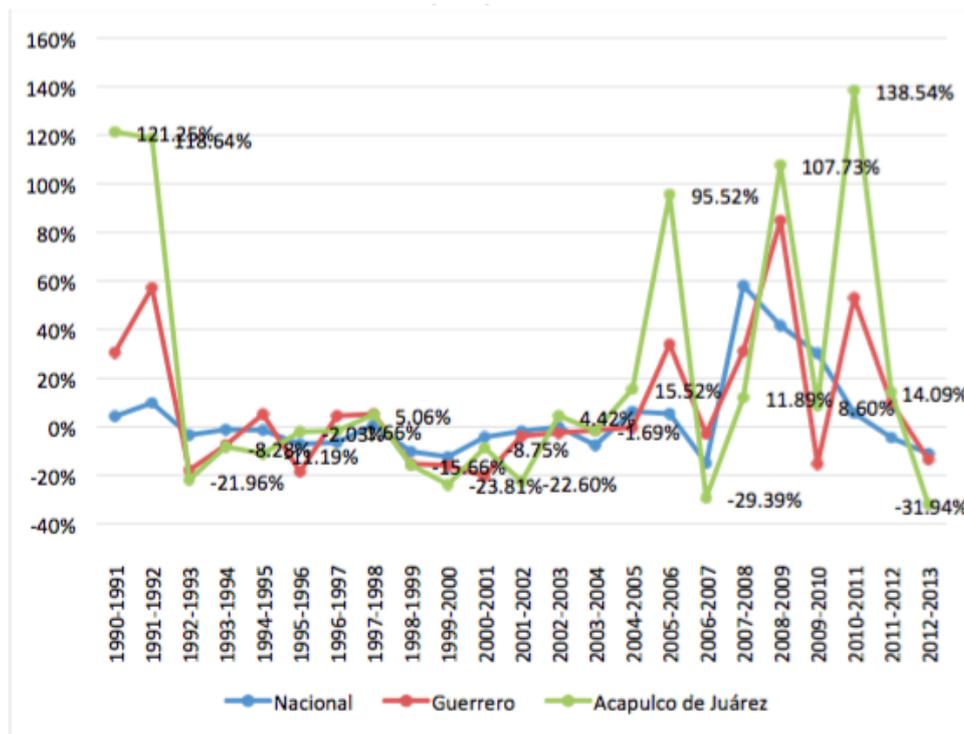
Vale la pena aquí incorporar otra variable de análisis indispensable para documentar el panorama de crimen y violencia de la ciudad de Acapulco, a saber, la cifra negra. Esta cifra, expresada por la cantidad de delitos no denunciados anualmente y que se recopila a partir de la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE), es fundamental para rastrear falta de confianza institucional en temas de seguridad y justicia y, fundamentalmente, impunidad. Como se aprecia en la Tabla 1, la cifra negra que en México es elevadísima, de hasta 93.8 por ciento en 2013, es superada por Guerrero en todos los años, con una totalidad de 96.7% de los delitos ocurridos no denunciados en este estado. En pocas palabras, lo que a nivel nacional aparece como un problema mayúsculo, en Guerrero lo es todavía más. Desafortunadamente, por razones de representatividad de la ENVIPE no es posible contar con los datos de esta variable para el caso particular de Acapulco.

Figura 1: Casos totales de defunción por homicidio, 1990-2013; Guerrero y Acapulco



Fuente: construido con información de las estadísticas de mortalidad, INEGI, varios años.

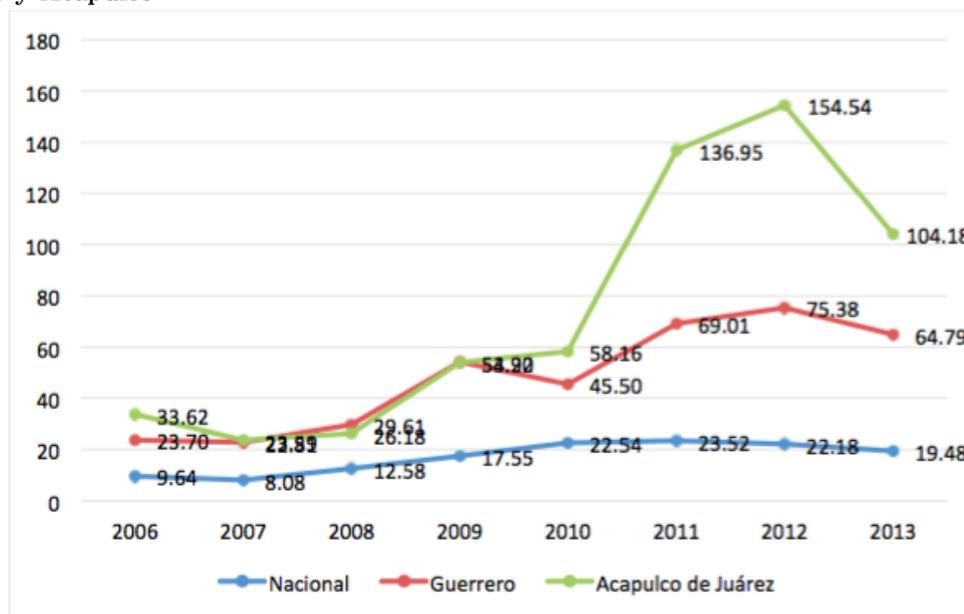
Figura 2: Incremento porcentual de defunciones por homicidio 1990-2013, nacional, Guerrero y Acapulco



Fuente: construido con información de defunciones de INEGI, varios años.

Nota: las etiquetas de datos en el Figura son para Acapulco de Juárez.

Figura 3: Tasa de defunciones por homicidio por cada cien mil habitantes, 1990-2013; nacional, Guerrero y Acapulco



Fuente: construido con información de defunciones de INEGI, varios años. Las tasas fueron calculadas con base en la proyección de población para cada año del Consejo Nacional de Población (CONAPO).

Tabla 1: Cifra negra en Guerrero y nacional, 2010-2013 (en porcentaje)

Entidad	2010	2011	2012	2013
Nacional	92.0	91.6	92.1	93.8
Guerrero	96.2	96.2	95.5	96.7

Fuente: ENVIPE, INEGI, varios años.

Sin embargo, es posible estimar su importancia en función del peso demográfico y de intensidad delictiva que tiene la ciudad en la dinámica del estado en su conjunto.

Finalmente, y volviendo a la variable de defunciones por homicidio, resulta interesante documentar lo que brevemente se comentaba en la introducción del artículo, a saber, el perfil juvenil de las víctimas. Esta es una tendencia ciertamente nacional: hombres jóvenes matan y mueren a causa de conflictos relacionados con dinámicas como las que aquí se han mencionado, aunque cada caso requiere evaluarse en su propia medida y contexto. En el caso de Acapulco, es posible apreciar que, entre 2010 y 2013, la gran mayoría de las víctimas se encontraban en un rango de edad de entre 15 y 39 años. De hecho, el rango que más casos concentra es el de 20 a 28, que si se suman a los rangos superior e inferior suman el 43% del total (ver Figura 4). En un tema adicional, llama la atención que el número de “no identificado” es tan alto en este caso, de 259 casos.

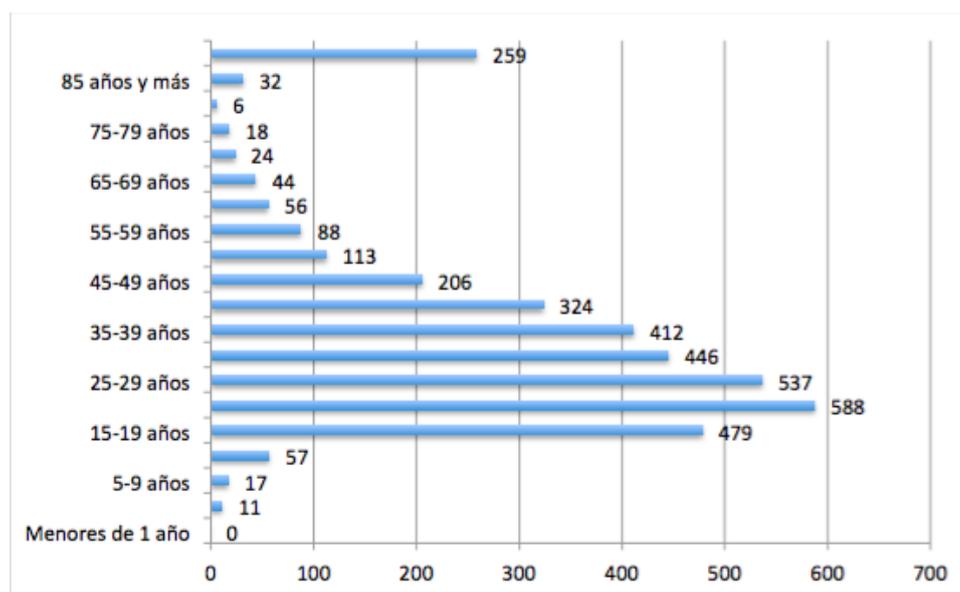
En síntesis, y como una breve revisión del caso,

la ciudad de Acapulco en particular y Guerrero en general presentan una tendencia de incremento de violencia en casos de homicidio, grados superlativos de impunidad y violencia en la que los jóvenes aparecen, por lo menos, como las víctimas más numerosas en el caso de la variable analizada. Sin duda, entre 1990 y los últimos años han ocurrido fenómenos que posibilitan el escenario criminal de Acapulco. Las respuestas apuntan, como se ha sugerido, en muchos aspectos y direcciones, pero uno de ellos tiene que ver con el papel de la ciudad y su geografía. ¿En qué medida es Acapulco un hot spot en la región y tendencia señaladas? Aquí se argumenta que sí y, con base en trabajo cartográfico de indicadores delictivos, se documenta que el caso se inserta en una dinámica criminal lineal. En la siguiente sección se discuten las razones que permiten identificar así este caso como vía para elaborar respuestas que inviten a seguir cuestionando de mejor manera el fenómeno.

Acapulco, hot spot en corredores criminales

Esta sección está dedicada a documentar de manera puntual la forma en que Acapulco participa como un hot spot fundamental en la dinámica criminal del sur de Guerrero y, probablemente, de México y del hemisferio -aunque para ello se requiere

Figura 4: Defunciones por homicidio en Acapulco de Juárez 2010-2013, por rango de edad, ambos sexos



Fuente: construido con información de defunciones de INEGI, varios años.

de más información y estudios aparte. Se trata de proponer una mirada que permita promover una reflexión al respecto y, por supuesto, invitar a la construcción y promoción de políticas públicas y de prevención de la violencia y delincuencia sensibles a este fenómeno. Para este análisis se han seleccionado tres tipos de delitos que tienden a estar relacionados con actividades de delincuencia organizada: homicidios, secuestros y extorsiones. Todos ellos son reportados por el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública, dependencia del gobierno federal que centraliza la información de casos de delitos a nivel nacional. Para efectos de esta investigación, el trabajo se realizó con datos de 2014, año en que ocurriera la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa al norte de esta entidad. Se han recopilado los casos y mapeado en Guerrero para identificar la intensidad de casos a nivel municipal y rastrear dos factores: 1) el trazo de rutas y corredores de la violencia y, 2) el papel de Acapulco en ese trazo.

Este análisis pone especial interés en dos de las más -si no es que las más- importantes carreteras en el estado de Guerrero son la 95 y la 200. La carretera federal 95 es, posiblemente, la más famosa del estado y conecta al puerto de Acapulco con la Ciudad de México (recorre de norte a sur el estado de Guerrero). Esta carretera transita por otros municipios con alta intensidad delictiva y violencia criminal como Cuernavaca, Temixco (ambos en Morelos), Chilpancingo, y Acapulco (en Guerrero). Mientras tanto, la carretera 200 conecta, a través de la costa del Pacífico, el puerto de Acapulco con Ixtapa y, más importante aún, con el Lázaro Cárdenas,

un puerto fundamental de Michoacán cuya fundación está asociada con la promoción de la industria siderúrgica estatal y que, en tiempos recientes, ha sido asociado con dinámicas delictivas transnacionales en las que, se presume, ha participado organizaciones delictivas del estado de Michoacán con rutas criminales hacia Asia precisamente a partir de tráfico de metales, pero también de drogas y precursores químicos para su generación⁵.

Antes de pasar a la lectura de los datos, vale la pena hacer una reflexión en torno a la forma de entender la relación entre carretera, delito y violencia. No se asume aquí que las carreteras sean un lugar de delito en estricto sentido -aunque, por supuesto, hay ocasiones en que lo son y hay casos de delitos ocurridos en la carretera in situ-. Antes bien, se trata de conocer y reconocer que, las carreteras, tienen el potencial para funcionar como el mecanismo a través del cual se traslada el crimen. Es un traslado explícito e implícito. Explícitamente es un paso indispensable a través del cual se trafican, envían, reciben y en general trasladan mercancías, personas y en general recursos lícitos e ilícitos. El control de la carretera supone, en ese sentido, la posibilidad de controlar negocios y procesos logísticos. Ahora bien, en términos implícitos, la carretera se convierte en una ruta que condensa la posibilidad, potencial y realidad del delito, la violencia y, por supuesto, fenómenos paralelos como corrupción.

Siguiendo esa lógica, a través de la generación de

⁵Al respecto hay interesantes estudios. Desde un punto de vista periodístico, véase (Chouza, 2013) y con un enfoque académico, véase (Velázquez, 2014).

cartografías delictivas sobre el estado de Guerrero se documenta que aquellos municipios a través de los cuales atraviesan las carreteras son lugares con mayor exposición a todo ese escenario de intensidad delictiva. En otras palabras, y como se aprecia en los mapas presentados a continuación, aquellos municipios con más delitos y que representan concentración de intensidad delictiva, coinciden con las principales carreteras de Guerrero y emergen desde el puerto de Acapulco. Así, el ejercicio de mapear los casos de delitos en Guerrero resulta en un patrón doble que aparece más o menos definido en el sentido de ambas carreteras. En todos los casos, Acapulco es el municipio que más casos totales concentra en los cuatro mapas expuestos y, a partir de ahí se conducen las rutas y se genera un entorno de ilegalidad que involucra a 1) los municipios que se ubican alrededor del puerto y/o 2) los municipios a través de los cuales atraviesa una o las dos carreteras mencionadas anteriormente. En el caso de homicidio doloso, por ejemplo, los municipios de Acapulco, Juan R. Escudero y Chilpancingo dibujan un camino que se va difuminando pero que mantiene presencia hacia el norte, por la carretera 95; mientras que el mismo Acapulco y Coyuca de Benítez marcan la misma pauta hacia el occidente y por la costa, hasta llegar al municipio de Zihuatanejo de Azuela (ver Figura 5).

En materia de secuestros, el patrón de la carretera 95 aparece con mayor nitidez. Ahí, nuevamente Acapulco, Coyuca de Benítez y Chilpancingo son los casos más marcados y dibujan un patrón definido rumbo al norte. Hacia la costa, rumbo a Zihuatanejo, también hay una secuencia de municipios con mayores casos, aunque no con tanta intensidad como hacia el norte. Sin embargo, es posible ver una el contraste respecto al oriente del estado (ver Figura 6).

El último mapa presentado es el de extorsiones (ver Figura 7). En este caso, la tendencia repite el patrón de los secuestros, con una tendencia mucho más clara hacia el norte y los tres municipios con mayor intensidad de casos vuelven a ser Acapulco, Juan R. Escudero y Chilpancingo. Aquí, además, es interesante la presencia de altos casos presentada en Iguala y Taxco de Alarcón, justo en la antesala del estado de Morelos (al norte del estado y rumbo a la Ciudad de México) que es por donde corre la misma carretera 95. Es interesante recordar aquí que, en el caso de la esa carretera, la tendencia delictiva sigue hacia Morelos y define buena parte del patrón delictivo de ese estado. También es relevante reflexionar en torno a la presencia de Acapulco como hot spot en el sentido mencionado a lo largo de los casos analizados. En síntesis, el mapeo de estos tres delitos refleja, en una gran escala, la forma en que se construye y define un patrón.

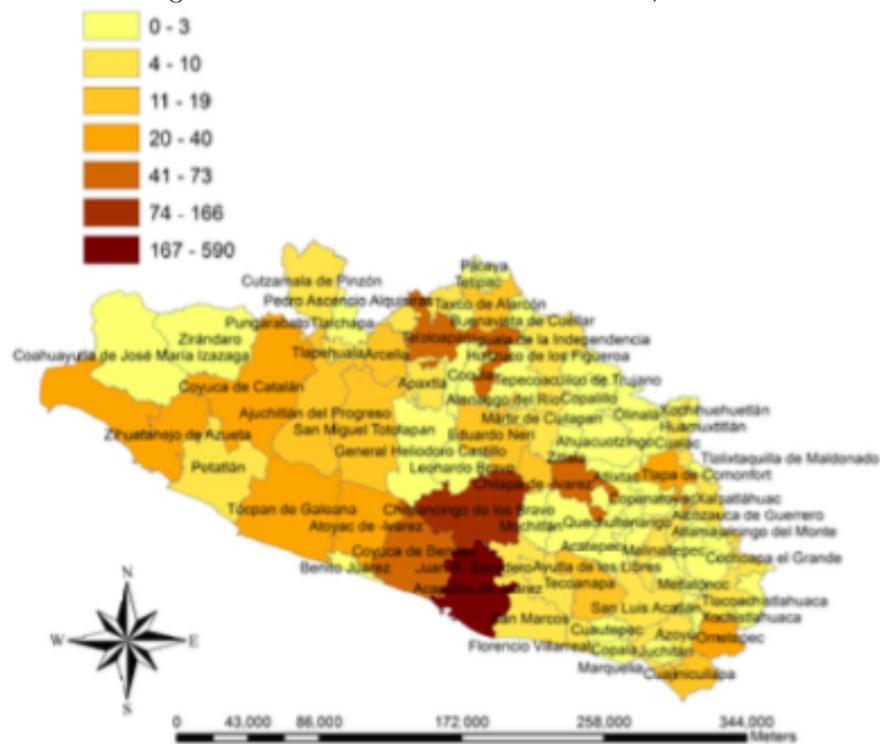
Retomando la idea de Ratcliffe sobre la idea de hot spot, queda patente en el análisis que Acapulco se enmarca como tal, es decir, como un área en la que la intensidad criminal se concentra. Una vez identificado como tal, es posible delinear los patrones de la dinámica delincuencia que, en este caso, presentan patrones asociados a la idea de los caminos con que esta ciudad se conecta. Queda pendiente por definir cómo opera este hot spot en torno a los diferentes esquemas delictivos, es decir, de qué forma esta ciudad y su espacio es utilizado con fines criminales o de violencia. Lo que es cierto, es que, en el mapa de flujos criminales internacionales, Acapulco resulta ser medular desde el punto de vista logístico y comercial, pero también político y económico. Es un escenario que no es descabellado trasladar a dinámicas transnacionales: desde el puerto se puede conectar con Colombia hacia el sur y con Estados Unidos hacia el norte.

Ciertamente, un reto del estudio del crimen y la violencia en México y otras partes de Latinoamérica consiste en construir y reconstruir insumos de información con mucha más precisión. En este caso, una de las salvedades a tomar en cuenta es que se está trabajando con información que recopila el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública, lo que significa que se trabaja con los casos denunciados. En un contexto de amplísima cifra negra, como se documentó, esos datos merecen reconocer esa salvedad, pues, aunque en casos de homicidio, secuestro y extorsión la cifra negra tiende a reducir, los niveles de casos sin denuncia quedan sin registro público. En todo caso, la información es valiosa en la medida en la que es capaz de reconocer grandes trazos y patrones como se ha insistido aquí, y ayudan a dibujar un señalamiento que merece documentarse con más y mejor información. Se trata, en última instancia, de los datos públicos con los que se cuenta para hacer investigación y análisis.

A manera de conclusión: la ciudad como unidad para pensar la geografía de la violencia

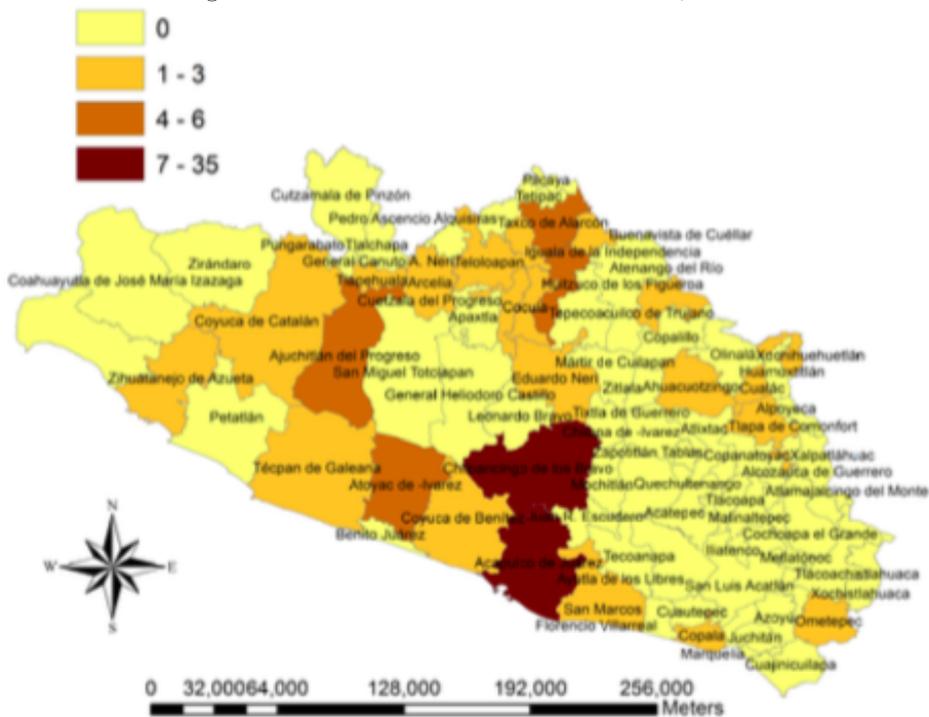
Durante la administración del expresidente Felipe Calderón se puso en marcha (además de la guerra contra el narcotráfico) el Programa Nacional de Infraestructura 2007-2012. La publicidad oficial lo anunció como “el más grande de la historia” y, más allá de que lo haya sido o no, ciertamente fue uno de los pilares fundamentales de la inversión pública de su administración. La base de ese programa era esencialmente un programa de modernización ca-

Figura 5: Homicidios totales en Guerrero, 2014



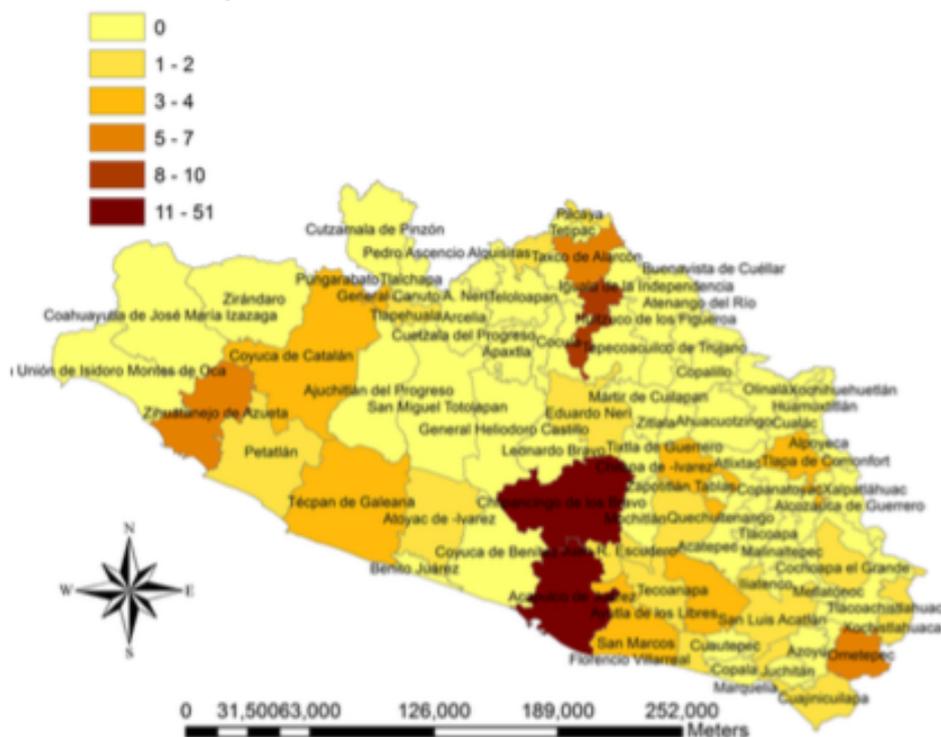
Fuente: elaborado con datos del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública, Secretaría de Gobernación, 2014.

Figura 6: Secuestros totales en Guerrero, 2014



Fuente: elaborado con datos del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública, Secretaría de Gobernación 2014.

Figura 7: Extorsiones totales en Guerrero, 2014



Fuente: elaborado con datos del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública, Secretaría de Gobernación 2014.

retero alrededor de todo el país (Martínez, 2012). La meta planteada, de operar en más de 17 mil kilómetros de carreteras, fue superada y en ello se invirtieron más de 351 mil millones de pesos mexicanos, más del doble de lo que se invirtió en la administración anterior de Vicente Fox. Ello implicó aumentar en 14,187 km la red carretera nacional. La medida, sin embargo, no se acompañó de un estudio que sugiriera la conveniencia de estudiar las implicaciones y mantenimiento de este tipo de infraestructura en temas de violencia y delincuencia.

Es indispensable, en ese sentido, empezar a discutir la forma en que las carreteras participan en las dinámicas delictivas, pero también en materia de corrupción y capacidades institucionales para que las carreteras no sean vehículos a través de los cuales la violencia se exprese. Un caso representativo de ello se encuentra alrededor de la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa. De acuerdo con el primer informe del Grupo Internacional de Expertos Independientes (GIEI)⁶, en el suceso hubo no cuatro camiones (como había indicado el infor-

me oficial) sino cinco en los que se trasladaban los estudiantes que posteriormente fueron desaparecidos. El quinto, se presume, contenía un cargamento de heroína procedente del propio estado de Guerrero, uno de los principales puntos de producción y exportación de esa droga, y tenía probable destino Estados Unidos. Ese elemento, por lo pronto, abría la posibilidad de documentar una posible red de complicidades motivada por razones de narcotráfico y corrupción.

En ciudades como Acapulco, impulsar políticas sin considerar la influencia de sus caminos y conexiones con el aumento de criminalidad, tiende a ser una actividad inútil. Implica imaginar una ciudad aislada y luego tratarla como si así fuese efectivamente en la realidad. Por el contrario, incorporar un enfoque que combine criterios sensibles al espacio permitirá completar un diagnóstico que, después, se pueda traducir en cambios de política pública. Por supuesto, es un trabajo que requiere de coordinar esfuerzos tanto académicos como políticos. Bajo la perspectiva de lo argumentado aquí, resulta lógico pensar que las carreteras son escenarios propicios para atrocidades como las de Ayotzinapa y tantas otras que, por diversas razones, no se han podido documentar. Ignorarlo tiene enorme un costo humanitario, pero incorporarlo permitirá oxigenar la discusión sobre cómo orientar y definir las políticas

⁶El GIEI es un intermediario con reconocimiento internacional quien fue invitado al país para realizar una investigación independiente sobre la desaparición de los estudiantes. Con el tiempo, su investigación fue entorpecida e interrumpida por funcionarios públicos y, a pesar de ello, lograron aportar información relevante y hasta antes desconocida sobre el caso.

públicas de la ciudad en contextos de violencia y crimen.

Referencias

- Aguayo, S. (2010). *Vuelta en U. Guía para entender y reactivar la democracia estancada*. Taurus, México D.F.
- Aguayo, S. (2014). *Remolino. El México de la sociedad organizada, los poderes fácticos y Enrique Peña Nieto*. Ink., México D.F.
- Aranda, R. y Rodríguez Burguete, L. (2012). La ruta asfaltada de la alternancia en México: de los centros urbanos a sus periferias. *Foro Internacional*, 1:92–132.
- Bagley, B. (2009). La Conexión Colombia-México-Estados Unidos. En Aguayo, S. y Benítez, R., editores, *Atlas de la seguridad y defensa de México 2009*. CASEDE, México D. F.
- Bouchard, M. (2011). The State of the Study of the State in Anthropology. *Anthropology*, 40:183–209.
- Cárdenas Gómez, É. P. (2016). Crecimiento y planeación urbana en Acapulco, Cancún y Puerto Vallarta (México). *Revista Investigaciones Turísticas*, 12:99–120.
- Das, V. y Poole, D. (2004). State and Its Margins: Comparative Ethnographies. En Das, V. y Poole, D., editores, *Anthropology in the Margins of the State*. Oxford University Press, Nueva Delhi.
- Eck, J. E. (1998). What Do Those Dots Mean? Mapping Theories with Data. En Press., C. J., editor, *Crime Mapping and Crime Prevention*. New York.
- Eck, J. E. (2005). Crime Hot Spots: What They Are, Why We Have Them, and How to Map Them. En of Justice, N. I., editor, *U.S. Department of Justice Office of Justice Programs, Mapping Crime: Understanding Hot Spots*. Washington D.C.
- Eck, J. E. y D., W. (2015). *Crime Places in Crime Theory*.
- Escobar, A. (2001). Culture Sits in Places: Reflections on Globalism and Subaltern Strategies of Localization. *Political Geography*, 20(2):139–174.
- Harrison, A. (2010). Ni modo que el mal venza al bien ¿cuándo han visto eso?, dice Evodio ayer en caminata.
- Hiernaux, D. (2010). Acapulco: nuevos espacios y estilos de vida. En Hiernaux, D., editor, *Las segundas residencias en México: un balance*. Plaza y Valdés Editores y Universidad del Caribe, México D. F.
- INEGI (2010). *Base de datos de defunciones por homicidio*.
- Jiménez Badillo, M. (2016). Evolución del desarrollo urbano y factores de riesgo de violencias en Acapulco, Guerrero. En Solano, G., editor, *Reporte metodológico y de resultados del Diagnóstico de violencias en el Municipio de Acapulco, Guerrero*. Universidad Autónoma de Guerrero, Instituto Internacional de Estudios Políticos Avanzados y Conacyt., Acapulco.
- LSE (2014). *Ending the Drug Wars*. OSF-LSE Ideas, Londres.
- Peña, R. (2014). Del Corredor Seguro al Corredor de la Violencia, Análisis de una Franja en Morelos. En Peña, R. y Ramírez, A., editores, *Atlas de la seguridad y violencia en Morelos*. UAEM-CASEDE, México D. F.
- Ratcliffe, J. (2010). Crime Mapping: Spatial and Temporal Challenges. En Piquero, A. y Weisburd, D., editores, *Handbook of Quantitative Criminology*.
- Reyna, J. (2016). La Jornada. Inversión en Acapulco continúa pese a inseguridad: Grupo hotelero.
- Sontag, S. (2011). Real Battles and Empty Metaphors.
- Weisburd, D., Groff, E., y Yang, S. (2012). *The criminology of place : street segments and our understanding of the crime problem*. Oxford University Press, Nueva York.